

ACTITUD FRENTE A UN HIJO DEFICIENTE MENTAL

Lic. Irma Roca

La primera condición para que un niño deficiente mental pueda desarrollarse armónicamente, es que los padres consideren de manera realista la situación y las posibilidades del hijo. Sólo entonces cabe establecer un programa sobre hábitos, conducta y educación del niño.

Es sabido que las actitudes sociales contribuyen a que los padres no quieran en absoluto reconocer que algo anómalo ocurre al hijo, llegando a adoptar una postura reacia frente a los profesionales, las instituciones, incluso frente a la sociedad en general.

Los padres actúan conforme a motivaciones muy diferentes y reaccionan de diversas maneras frente al hecho de la discapacidad del hijo. Algunos no muestran inconvenientes en reconocer al hijo tal como es, con todas sus deficiencias y defectos, y tienen capacidad para adaptarlo a la vida familiar y al ambiente. Son estos deficientes mentales los que, tanto de niños como de adultos, se acomodan fácilmente a la vida social. Hay que recordar que estos niños no están aislados; son un eslabón en la cadena del conjunto

familiar, generalmente sus eslabón débil.

El niño, cuanto más apoyado y adaptado esté dentro de la familia y de los amigos, tendrá más compacto el bloque familiar. Estos padres, mientras permanecen tan alejados de un cariño exagerado como de la dureza, son capaces de crear familias felices y de obtener el máximo provecho posible en una situación dada. En tales familias, apenas se dan los celos entre hermanos y los sentimientos de vergüenza; incluso, se habla del niño deficiente mental de una manera natural, llena de calor y simpatía, sin sentimentalismos.



Otro grupo de padres reconocen el estado del niño, pero creen en la discapacidad puede vencerse con tal o cual medio. Estos padres irán a uno y otro médico, tratando de encontrar la causa del deficiente desarrollo del niño en distintas personas de su ambiente: maestros inútiles, médicos ineptos, malos compañeros, etc. O bien intentarán encontrar el motivo en el niño mismo; piensan que es muy testarudo, o que el obstáculo el desarrollo de sus facultades está en las dificultades del lenguaje. Con frecuencia, estos padres gastan dinero y tiempo en recabar la ayuda de los especialistas, ayuda que no llega a producir en el hijo el cambio que esperaban, es decir, la cura de la discapacidad.

Existe, por último, un tercer grupo de padres que no aceptan ni reconocen el problema, prefieren no darse por enterados, ni ven las cosas con realismo. Año tras año niegan que ocurre algo anormal al niño. Tales padres hacen la vida difícil al niño, así mismos y a quienes les rodean.